



Apunte 6 / 2022

22 Abril 2022

La guerra en Ucrania y el equilibrio de poder en Eurasia

Alejandro Mackinlay

El primero, el supremo, el acto de juicio de mayor alcance que el estadista y el comandante deben hacer es establecer el tipo de guerra en la que se embarcan.

“Sobre la Guerra”, Carl von Clausewitz

La invasión rusa de Ucrania sugiere importantes cuestiones sobre la verdadera naturaleza de la relación entre las dos grandes potencias euroasiáticas, China y Rusia, además su resultado puede tener consecuencias sobre el marco en el que esa se desarrollará en el futuro. El desenlace de la guerra lanzada por Rusia contra Ucrania y sobre todo sus consecuencias sobre la percepción del poder de Rusia, si sale reforzada, o por el contrario debilitado, afectará ciertamente a la relación entre ambas potencias, que se reajustará y tendrá importantes consecuencias sobre el equilibrio de poder pre guerra en Eurasia. Un equilibrio que tiene una importancia esencial en la configuración del equilibrio de poder desde el Atlántico al Pacífico y un impacto fundamental a escala global.

China y Rusia poder, debilidad y tradición

La relación entre China y Rusia tiene una larga historia de más de trescientos años y en la que históricamente Rusia ha buscado beneficiarse de China en sus periodos de debilidad. Con el tratado de Aigun y la convención de Pekín de 1858 y 1860 respectivamente, considerados parte de los “tratados desiguales” suscritos por China con las potencias europeas en el siglo XIX, Rusia

obtiene del imperio Qing, entre otros territorios, la franja costera al este del Ussuri y en la que en 1860 se funda Vladivostok, proporcionando a Rusia un acceso a aguas cálidas en el Pacífico. Igualmente, al final de la II Guerra Mundial la Unión Soviética ocupa Manchuria y áreas del Xinjiang, no siendo hasta 1949, con la instauración del régimen comunista en Pekín, cuando la URSS comienza a devolver esos territorios a China, aunque las tropas soviéticas no abandonan la antigua Port Arthur, actual Lushun, hasta 1955.

El marco de las relaciones entre China y Rusia durante las pasadas décadas se ha correspondido a una relación entre iguales, ambas se consideran a sí mismas grandes potencias, aunque con capacidades muy diferentes. China, la gran potencia emergente del siglo XXI, cuenta con 1.400 millones de habitantes, un PIB en 2021 de 17,7 billones de dólares, unas Fuerzas Armadas modernas de más de dos millones de hombres y una industria que necesita ingentes cantidades de materias primas y cada vez más orientada al desarrollo tecnológico. Mientras, Rusia, la nación más extensa del mundo, tiene una población del 10% de la china, ambos PIBs también mantienen una relación parecida, sus Fuerzas Armadas disponen de un millón de hombres, el país cuenta con enormes reservas de materias primas, particularmente en sus regiones ártica y siberiana y también posee el mayor arsenal nuclear del globo, unas 6.000 cabezas nucleares, la piedra angular de su estatus de gran potencia, frente a unas 350 de China.

Las dos naciones manifiestan tener unas excelentes relaciones entre sí, tal como exhibieron en febrero pasado durante la visita del presidente Putin a Pekín, en la que se declaró que “no hay límite para las relaciones entre ambos”. Sin embargo la realidad es que esas están definidas por el interés nacional de las partes y hoy en día el más claro es la oposición a los EE.UU. China es ya una gran potencia, que se ha sobrepuesto a pasadas debilidades, con una cosmovisión propia y peculiar anclada en 2.200 años de historia, en la que la armonía del sistema de relaciones internacionales pasa por el reconocimiento de la centralidad de China, tratando de adaptar el sistema internacional, del que se beneficia enormemente, a su propia visión. Mientras Rusia trata de mantener un estatus internacional de par con China y los EE.UU., fundamentalmente a través de una presencia internacional agresiva y la disponibilidad de sus armas nucleares. Sin embargo las debilidades rusas frente a China son manifiestas, sus economías no son comparables y el evidentemente deficiente empleo de la fuerza militar en la guerra de Ucrania pone de manifiesto que sus fuerzas armadas cuentan con unas capacidades convencionales limitadas, una preparación deficiente y unos conceptos de empleo anticuados, que imposibilitan obtener los objetivos políticos del ataque a Ucrania, cuales quiera que esos sean.

La guerra de Ucrania y el equilibrio de poder entre China y Rusia

Precisamente la prolongación de la guerra en Ucrania y su resultado pueden cambiar la actual relación entre las dos naciones más extensas de Eurasia, más allá de las declaraciones de eterna amistad. El principal interés compartido por las dos naciones no es otro que su oposición al

poder americano, a la hegemonía de los EE.UU., China para revertir en su propio favor la situación en el Asia marítima, reemplazando a los EE.UU. como gran potencia regional. Mientras, Rusia en el otro extremo de Eurasia, recreando su esfera de poder, en la que intenta integrar a Ucrania, lo que considera imprescindible para rivalizar con los EE.UU. y a la OTAN en su periferia oeste, con cierta garantía de éxito. Sin embargo, detrás de ese interés compartido existen importantes diferencias que a consecuencia del desenlace de la guerra en Ucrania podrían transformar esa relación entre ambos.

Así y hasta ahora el desequilibrio entre las capacidades de Rusia y China se veía compensando fundamentalmente por el poder militar de Rusia, el cual en Ucrania se está demostrando significativamente menor del generalmente aceptado, con unas capacidades convencionales relativamente anticuadas, menos eficaces de lo esperado y cuyo supuesto proceso de modernización está quedando en entredicho. Por otra parte, tanto la preparación de la fuerza, como su mando y control de las operaciones aparentemente se está mostrando pobre, lo que se está traduciendo en pérdidas muy cuantiosas. Ello fía únicamente al arsenal nuclear de Rusia la continuidad de su condición de gran potencia militar, sin embargo, las armas nucleares por sí solas no aseguran el sostenimiento de Rusia y su población. Algo para lo que necesita una economía funcional, que las sanciones occidentales resultado del ataque a Ucrania, han puesto en peligro, por lo que de un modo u otro Rusia se ve obligada a confiar en China y otras naciones para restañar el daño a su economía al margen del mundo occidental.

Indudablemente China resulta la principal opción a la que acudir para resolver los problemas económicos rusos, tiene un enorme apetito por los recursos naturales, de los que Rusia dispone abundantemente, particularmente en Siberia, una región extensísima y muy poco poblada y de la que más de un millón de kms² estuvieron en el pasado bajo soberanía china. Sin embargo, fiar el futuro económico de Rusia tiene importantes implicaciones en el orden geopolítico, que además serían diferentes dependiendo del resultado de la guerra en Ucrania. En caso de una victoria clara de Rusia, lo que cada vez parece más difícil, esta no solo reivindicaría su potencia militar, sino que la incorporación de Ucrania a su esfera de influencia, en la forma que fuese, haría crecer su población, en más de 40 millones de personas y sus capacidades industriales. Además, reforzaría su posición geopolítica tanto en Europa, como globalmente, permitiéndole seguir ostentando un estatus de gran potencia internacional y ello aunque sus intercambios con el mundo occidental continuasen en mínimos. Sin embargo, la realidad parece ir por otros caminos.

Ucrania una debilidad geopolítica para Rusia

La prolongación de la guerra en Ucrania está poniendo en evidencia que Rusia no ha sido capaz de conseguir los objetivos políticos de la operación militar lanzada el pasado 24 de febrero, supuestamente un cambio de régimen en Ucrania y la toma efectiva de control del país. La

considerada inicialmente quimérica capacidad de resistencia militar ucraniana, cuyas fuerzas armadas que disponían de capacidades netamente inferiores a las del ejército ruso, ha sido capaz de hacer fracasar la campaña inicial rusa, causando grandes bajas y la destrucción de capacidades militares del agresor y forzando a este a reconsiderar y limitar los objetivos estratégicos de su campaña. Rusia ha tenido que renunciar a la toma de Kiev y por lo tanto al control total de Ucrania, concentrando sus maltrechas capacidades militares en el Este, redirigiendo su esfuerzo militar para controlar el Donbass, un objetivo político limitado respecto los objetivos que tenía cuando lanzó la operación, dejando patente que Rusia no dispone del poder militar (convencional) de una gran potencia.

La resistencia ucraniana a la invasión rusa está resultando en la consolidación de la identidad nacional propia, no hay nada mejor que la identificación de un enemigo, ya sea real o imaginario, para desarrollar una conciencia nacional y en este caso ese enemigo es muy real. La invasión lanzada por Moscú, basada en una argumentación falaz que claramente apoyaba un interés ilegítimo, ha resultado en una enorme destrucción y pérdida de vidas en Ucrania, mientras que las imágenes de destrucción y muerte en Bucha, Mariupol o Borodyanka difícilmente serán olvidadas por el pueblo ucraniano. Todo ello está cimentando la percepción del pueblo ucraniano como nación separada y diferente de Rusia, la que durante años va a ser considerada el enemigo. Ello resulta en la imposibilidad de absorber el país en la esfera de influencia de Moscú, aunque Rusia finalmente pueda conseguir dominar la completa región del Donbass. La mayor parte de una Ucrania hostil a Rusia, su población y base industrial quedarían en adelante fuera del control ruso, convirtiendo permanente la debilidad de Moscú en su frontera Oeste.

A todo ello se une que la limitación de las exportaciones rusas de recursos energéticos y minerales a Europa, debida a las sanciones, va a incrementar enormemente su dependencia de China, quizás su único posible cliente con capacidad de absorber gran parte del excedente de las exportaciones que produce la suspensión de las compras por las naciones occidentales. Unas exportaciones que resultan imprescindibles para la economía rusa y cuya redirección a otras áreas del globo va a llevar su tiempo, mientras que sus beneficios permiten a Rusia financiar su presencia internacional y operaciones en áreas en crisis del globo, como Siria o el Sahel. Una situación que pondría a Moscú en una posición dependiente respecto a su vecino sudoriental, con el cierto riesgo de ser percibido por Pekín como en un mero proveedor de materias primas y ya no como una potencia par. Un contexto en el que Moscú pierde peso geopolítico y que es de interés para China, ya que le permitiría un acceso fácil a los recursos que tanto necesita para continuar en su ascenso económico y militar y llegar a sustituir a los EE.UU. como primera potencia mundial y que, además le facilita una importante capacidad para influir sobre Rusia.

Los efectos globales del desenlace en Ucrania

Es posible que el aparente apoyo chino a Rusia no sea más allá de una formalidad, pues no está claro que una victoria rusa en Ucrania sea de interés para Pekín, la visión china del orden internacional difícilmente asume la existencia de un par en su frontera, más aún ahora que China se ve fuerte. Una Rusia debilitada después de un fracaso militar resultaría en una oportunidad para Pekín, ya que le facilitaría un proveedor de los recursos naturales en su frontera, que además estaría hipotecado económicamente con China. Una situación que se podría prolongar durante años, si no hay un cambio de régimen en Moscú, convirtiendo a Rusia en una nación accesoria de China, lo que facilitaría a esta última alcanzar la posición de única gran potencia euroasiática. Un escenario que impacta negativamente en el interés principal de los EE.UU., la prevención de la emergencia de una potencia hegemónica en Eurasia y el control de los accesos marítimos a Norte América. Situación difícil y delicada para la estabilidad del escenario internacional, mientras el único instrumento militar efectivo del que dispondría una Rusia arruinada y humillada serían sus armas nucleares, lo que se podría resultar todavía más peligroso, particularmente para las naciones en su periferia Oeste y los EE.UU., que indudablemente identificará como las culpables de su desgracia.

Alejandro MacKinlay, Capitán de Navío (en situación de reserva)